Globethics Repository



El gran viraje militar en América Latina [The great military turning point in Latin America]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Rodríguez Elizondo, José A.
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-16 17:01:20
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/222137

Nueva Sociedad Nro. 45 Noviembre-Diciembre 1979, pp. 152-166

El gran viraje militar en América Latina[*]

José A. Rodríguez-Elizondo

La especificidad de una victoria

Uno de los fenómenos más importantes y, al mismo tiempo, menos estudiados y analizados de la década - por lo menos en los círculos teóricos de las izquierdas latinoamericanas - es la victoria militar de los revolucionarios cubanos sobre el ejército de Batista.

Pareciera que la sola mención de esa "victoria militar" basta para expresar, unívocamente, un concepto lleno de connotaciones técnicas, de por sí complejas.

Sin embargo, lo cierto es lo contrario. Esto es, la "victoria militar" por sí sola, no indica sino un resultado final, dejando en la nebulosa distintas series de factores necesarios para ponderarla.

Para expresarlo de manera gráfica y sintética, no es igual la catastrófica victoria de Pirro sobre las legiones romanas, que la victoria de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, antecedente inmediato de su emergencia como la primera potencia mundial indisputada, durante más de una década.

Por eso, no es un asunto menor el que los pocos analistas que han profundizado en la materia - norteamericanos por lo general - coincidan en señalar el predominio claro de los factores políticos, en la victoria de Fidel Castro y la importancia clave del factor moral, en la derrota del ejército de Batista. Todo lo cual se reduce a la fórmula del "derrumbamiento" de ese ejército de 40.000 hombres, incapaz de resistir a los 1000 guerrilleros revolucionarios, de una manera proporcional a su superioridad numérica, en armas y en entrenamiento. Con el efecto colateral - no menos importante - de que este tipo de victoria (y de derrota) impide la destrucción inherente a una guerra civil, con sus profundos efectos en la economía del país donde se desarrollan los distintos teatros internos de operaciones.

Parece claro, entonces, que no resulta baladí preocuparse del estudio de los factores que facilitaron ese "derrumbamiento", partiendo de la base de que éste no puede explicarse, **exclusivamente,** por la estrategia de Fidel Castro. Para ello,

[*] Este artículo forma parte de un libro en preparación sobre el rol de los militares, la extrema izquierda y la izquierda, en la década del 60 en América Latina.

resulta imprescindible profundizar en las dos particularidades notorias del ejército de Batista: su carácter de ejército relativamente joven, en relación con los otros ejércitos regionales y la conformación más bien heterodoxa de su oficialidad.

En efecto, como corolario de la tardía independencia del imperio español, el cubano es un ejército "nuevo". Oficialmente creado en 1909 y encuadrado por "prácticos" surgidos de la guerra independentista, inicia su desarrollo cuando otros ya visualizan su centenario.

Durante casi dos decenios, los cuadros superiores de este ejército permanecen directamente vinculados con el liderato político. Por lo general, se trata de jefes liberales, adictos a Máximo Gómez. Sólo en la década del 30 comienza a surgir un cuerpo de oficiales de formación académica, gracias al debilitamiento cronológico de las tradiciones fundacionales.

Es en estas circunstancias de precariedad estructural que sobreviene, en 1933, la sublevación de la suboficialidad, liderada por el sargento Fulgencio Batista. Esto significa el abatimiento de la mitad de la oficialidad recién formada, el retiro de una parte importante de la misma y el de una minoría. Se calcula que, dentro del nuevo cuerpo de 686 oficiales vienen de antes de 1933[1].

Esta notable excepcionalidad histórica, caracterizada por el asalto de la oficialidad desde los grados inferiores del arma - algo más profundo, por ejemplo, que la rebelión de los tenientes brasileños de la misma década - está llamada a tener profundas repercusiones en el comportamiento futuro del ejército. En lo inmediato, interrumpe una vinculación con la clase dirigente, en trance de plasmarse, que habría repetido el proceso que otros ejércitos regionales ya están a punto de completar. En lugar de ello, la institución castrense cubana va a caracterizarse, de manera muy precisa, como una maquinaria de fuerza destinada a apoyar la posición política de su jefe, que se convierte en Presidente de la República y en tutor de la Presidencia de la República, alternadamente.

Como fruto directo de este carácter pretoriano, no se dan en el ejército de Batista las condiciones para asimilar y desarrollar las tradiciones castrenses centrales que, en otros países, han servido para apoyar procesos de profesionalización mayor o menormente intensivos. El pretorianismo resulta más funcional para iniciar un proceso de corrupción histórica, que genera su específico universo axiológico: los oficiales - socios y guardaespaldas antes que militares - se dedican a amasar fortunas provenientes de sobornos, secuestro ilegal de propiedades, contrabando, tráfico de drogas, prostitución y juegos. Consecuentemente, llegan a valorar su institución más en función de las posibilidades de lucro personal que les brinda, que de motivaciones vocacionales, patrióticas, políticas o de clase.

[1] WOOD, Dennis B. **Las relaciones revolucionarias de clase y los conflictos políticos en Cuba: 1868-1968,** en Revista Latinoamericana de Sociología, vol. V, marzo de 1969 No. 1.

Naturalmente, esto determina la moral misma del ejército batistiano, en cuanto organización de combate. Si sus oficiales son producto de una opción afortunada y se encuentran cohesionados sólo por la defensa de un **status** económico malhabido, no pueden cultivar sentimientos heroicos ni inspirar valores guerreros en la tropa. Esta, como contrapartida, además de su venalidad refleja o subsidiaria, comprende que a sus jefes interesa más salvar sus riquezas que mantener la integridad del aparato armado, como columna vertebral del Estado.

Una conclusión elemental debiera enfatizar, entonces, que la victoria militar de los guerrilleros de Fidel Castro tiene una relación estricta con las características mencionadas del ejército de Batista. **Es a ese ejército concreto al que se ha derrotado y no a los ejércitos en general y en la abstracción.** La alta moral de los revolucionarios, enfrentada a la posición amoral o inmoral de los soldados, ha decidido en parte importante al destino de las armas.

Sin embargo, no existe, en la época, un ambiente adecuado para levantar a primer plano dicha conclusión. La euforia revolucionaria, el impacto mundial, la necesidad de autoafirmación interna, las perspectivas de afirmar un liderato externo, el desconocimiento de otras realidades y la tentación - históricamente verificada - según la cual cada revolución tiende a postularse como modelo, conducen a una riesgosa generalización. En virtud de ella, el ejército derrotado se convierte en una prueba de la esencial debilidad de las Fuerzas Armadas regionales, en el doble plano técnico y moral.

Por un acto de malabarismo conceptual, el ejército de Batista se convierte, así, en "todos los ejércitos". En el anuncio del colapso militar en todos los países de América Latina. En el obstáculo ridículo que impide el paso hacia una sociedad mejor.

La generalización como error

La primera tesis de Guevara, en "La guerra de las guerrillas", señala que como lo prueba la revolución cubana, "las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército regular". En relación con los previstos teatros de operaciones agrarios, esto significa que allí existen "lugares donde las fuerzas represivas no pueden llegar". En un artículo posterior, titulado "Guerra de guerrillas: un método", Guevara uniformó a los militares - institucionalmente - como "meros instrumentos de dominación de las clases reaccionarias y de los monopolios imperialistas", afirmando que "como casta (...) aspiran solamente a mantener sus prerrogativas".

La Segunda Declaración de La Habana, de 1962, señala que "los ejércitos, estructurales y equipados para la guerra convencional, que son la fuerza en que se sustenta el poder de las clases explotadoras, cuando tienen que enfrentarse a la

lucha irregular de los campesinos en el escenario natural de éstos, resultan absolutamente impotentes".

En el informe de la delegación cubana a la Primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) de 1967, se explica que "la debilidad de los ejércitos profesionales, la incapacidad militar de casi todos ellos, la corrupción que los domina, el ablandamiento político de sus posiciones, los hace totalmente incapaces para resistir la embestida armada del pueblo"[2].

Estos textos - que son sólo los más difundidos están destinados a ser asimilados entusiastamente por la ultraizquierda y a no ser prolijamente criticados por la izquierda.

Forman una especie de eje a lo largo del cual se va a articular una imagen unidimensionalizada de las Fuerzas Armadas regionales, que las muestra como estructural y homogéneamente dependientes de la potencia colonial imperialista y de sus aliados locales. Su función principal sería, en ese contexto, la de ocupar los países latinoamericanos para su mejor y más segura explotación. Pero, al mismo tiempo, su carácter antinacional las incapacitaría para reaccionar, eficientemente, ante la violencia de una contrafuerza de base popular y con una causa continental, que actúe con métodos irregulares.

Lo notable es que esta imagen, de una mellable y estandarizada punta de lanza de un enemigo supranacional, tiende a permanecer inverificada. Los distintos textos que se producen, en la línea de los transcritos, no obligan a remitirse a cada realidad nacional para comprobar premisas y resultados. Existe una absolutización, propia de un axioma o de un dogma religioso, que impide analizar a las instituciones castrenses como organismos sociales, modificados por y modificadores de sus circunstancias. Que exime del estudio de sus específicas historias militares, que contienen la clave de sus rasgos diferenciales y de la flexibilidad de sus márgenes de autonomía social y política.

Por lo demás, el "optimismo técnico" que emana de las tesis cubanas es algo que marcha a contrapelo, incluso, de los textos clásicos del marxismo. Ya Engels, en el siglo pasado, había alertado sobre los efectos de la "revolución en el arte militar", señalando que el encuadramiento masivo de la población y el mayor poder de las armas de fuego, llevaba a la obsolescencia de la "rebelión del viejo estilo". Textualmente, había afirmado que "una victoria efectiva de la insurrección sobre las tropas en la lucha de calles, una victoria como en el combate entre dos ejércitos, es una de las mayores rarezas", por lo cual había que privilegiar, decididamente los factores morales. Es decir, políticos[3]. De todo lo cual surgía la

[2] Los textos señalados son de fácil consulta en las distintas colecciones de documentos o folletos publicados por los cubanos, así como en las distintas selecciones de la obra teórica de Ernesto Guevara.

[3] ENGELS, Federico. Introducción a la obra de Karl Marx. **Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850,** Obras Escogidas de Marx y Engels en un tomo. Ed. Progreso, Moscú.

tesis, replanteada en cada coyuntura revolucionaria europea, de que "se puede hacer una revolución con o sin el ejército, pero no contra el ejército".

Pero, la ultraizquierda latinoamericana, apoyada en el ejemplo cubano y ante la pasividad teórica de la izquierda, decreta que esa tesis es reaccionaria. Una especie de excusa ideológica para justificar el pacifismo oportunista de los seudo-revolucionarios. De este modo, hace coincidir "lo revolucionario" con "lo anti-castrense" y postula, sin mayores matices la lucha contra las Fuerzas Armadas, su división horizontal, el carácter reaccionario de los cuerpos de oficiales y la necesidad de proceder, continentalmente, a la creación de ejércitos de nuevo tipo: populares y revolucionarios.

Así, por la pendiente de la asimilación acrítica y distorsionada de una experiencia específica, el ultraizquierdismo genera un antimilitarismo vulgar, que es el reverso simétrico del anticivilísmo de casta, cultivado en los planteles militares por los oficiales más conservadores. Y que entronca, por lo demás, con el antimilitarismo tradicional o burgués - supraclasista y supranacional - que es el motor del "reciclaje" histórico con el anticivilísmo militar.

En estas circunstancias, y por lo menos hasta 1968 - año de instalación en el Perú de un régimen militar que escapa, ostensiblemente, al modelo - no se perciben intentos de "desencasillar" a los militares. De reconocer algo así como una posibilidad de armonización entre sus intereses y los de los sectores populares, sobre la base de un entendimiento entre los agentes políticos de éstos y las cúpulas de aquellos. La hipótesis, en buenas cuentas, del binomio Pueblo-Fuerza Armada, sugerida por el régimen militar del General Juan Velasco Alvarado; desarrollada contradictoriamente en Chile, en el gobierno del líder socialista Salvador Allende, y elaborada explosivamente por los militares portugueses, durante los primeros tramos de su revolución de los claveles".

Lo notable de este ideologismo anticastrense, es que parte de la presunción de un inmovilismo completo del estrato militar regional. Supone que, tras la experiencia cubana, no va a existir ninguna rectificación considerable en las estructuras, doctrinas, estrategias y tácticas de las Fuerzas Armadas Latinoamericanas.

Esto significa que la ultraizquierda no sólo identifica a todos los ejércitos con el de Batista, sino que los petrifica en sus comportamientos técnicos de la década del 50. No está en condiciones de visualizar que hasta la Guardia Nacional de Anastasio Somoza, en Nicaragua - que efectivamente presenta similaridades con el derrotado ejército cubano -, va a ser reestructurada para convertirse en un resguardo efectivo de un régimen tan repudiado y repudiable como el de Batista.

Los Tupamaros uruguayos, reconocidos como el más fuerte de los movimientos ultraizquierdistas de América Latina, expresan muy bien este fenómeno al referirse a las Fuerzas Armadas de su país, consideradas entre las menos importantes, en términos de profesionalización:

"Nuestras Fuerzas Armadas, de unos 12.000 hombres precariamente armados y preparados, constituyen uno de los aparatos represivos más débiles de América Latina"[4].

Lo cual no impide que, tres años después de esa verificación, los más débiles militares desbaraten la organización de los más fuertes revolucionarios, arrasando, al pasar, con las tradiciones liberales de uno de los sistemas políticos más democráticos y aparentemente mejor consolidados de la región.

Los ejércitos mayores

El grueso error de medir a todas las Fuerzas Armadas con el metro excepcional y corrupto del ejército de Batista, es algo que puede parecer demasiado evidente. Al menos retrospectivamente.

Pero, lo que no parece tan obvio - y que explica la pasividad de importantes sectores de la izquierda establecida -, es que dicho error involucra, además, una aplicación de teoría de la lucha de clases que, por una parte, es mecánica y, por otra, rectificada por las tesis de la dependencia total.

Así, el sector militar latinoamericano resulta calificado en el marco de la dominación de tipo colonial, de los Estados Unidos; de las opciones absolutizadas de las dos clases sociales fundamentales, y de las opciones precarias de los sectores medios, de donde proviene el grueso de la oficialidad.

De acuerdo con ello, el comportamiento militar puede predecirse a partir de las orientaciones y de los intereses globales, regionales y locales de los Estados Unidos. Dentro de esta determinación, siempre habrá que desconfiar de las iniciativas militares progresistas y siempre habrá que considerar inevitables los comportamientos militares reaccionarios. Para las Fuerzas Armadas, en general, resulta más fácil detectar el peligro de una nueva dictadura social que reconocerse como instrumentos de una dictadura social establecida y colonialmente estructurada. La historia no se desarrolla, sino que se conserva.

Sin embargo, otra habría sido la perspectiva, quizás si se hubiera puesto el énfasis comparativo en las Fuerzas Armadas más desarrolladas y con más tradición. Porque, si se atiende al desarrollo desigual de los institutos castrenses y, en vez de radicar el modelo en las guardias pretorianas, se analiza la realidad de ejércitos como los de Argentina, Brasil, Chile o Perú, se llega fácilmente a conclusiones inversas. Por lo menos, a la verificación de que en estas fuerzas no existe ni una ideología ni una estructura que las convierta en organismos sumisos

[4] NUÑEZ, Carlos. **Los Tupamaros: vanguardia armada del Uruguay,** revista Tricontinental No. 10, enero-febrero 1969.

frente a los dictados de una potencia exterior o en instrumentos mecánicos de las clases dominantes.

En cuanto a lo primero, esto es, a sus relaciones con la potencia hemisférica, la efectiva dependencia logística y técnica no es aritméticamente correlativa a una subordinación nacional o política. Desde esta perspectiva, la coordinación estratégica, en los planos global y regional, es una consecuencia del carácter de los sistemas políticos integrales y no de los sub-sistemas militares aislados. Así, estos militares aceptan como natural su inclusión en las hipótesis de guerra occidentales, en el marco de una estrategia bi-polar, - con la ideologización anticomunista que ello implica -, pero no pueden aceptar que, junto con ello, se los incluya en planes de control **sistemáticos y permanentes** de sus respectivos países.

En las oportunidades - que no son pocas - en que se ha detectado una **armonización de intereses** entre los militares norteamericanos y los militares de estas Fuerzas Armadas, ello ha sido en el marco de conflictos nacionales que involucran a los militares. Por lo demás, a menudo son los militaristas civiles - que emergen puntualmente cuando la lucha interna nacional llega a determinado climax - los encargados de activar los mecanismos de conspiración interna e internacional. Problema aparte es el de que la frecuencia de estas activaciones las convierta en todo un sistema de intervención, por parte de los Estados Unidos.

Esta realidad, como siempre más compleja que los esquemas, obedece esencialmente a que en las Fuerzas Armadas más desarrolladas existe un fuerte sentimiento nacional. Este, gracias a su cultivo sistemático dentro de pautas tradicionales, genera una ideología nacionalista con un componente económico ambiguo o plurivalente. Capaz de afirmar, enfáticamente, la independencia política y la soberanía nacional tanto en el curso de un proceso de estatización socializante, como en el de un proceso de apertura hacia las potencias económicas extranjeras o transnacionales. Y, por cierto, susceptible de degradarse, intelectualmente, en la euforia chauvinista o patriotera.

Ahora, esto es así porque la historia militar de las Fuerzas Armadas más desarrolladas entronca, directamente, con la historia de sus naciones. Ella da cuenta de un carácter fundacionalmente nacional, que hasta ha tenido la oportunidad de refrendarse, conflictivamente, en toda una serie de guerras intrarregionales.

Por lo mismo, esas Fuerzas Armadas han tenido funciones de primer plano en la integración nacional de sus respectivos países, que se han cumplido de una manera contradictoria, a través de procesos diferenciados. En síntesis más o menos gruesa, dichas funciones pueden visualizarse a través de una secuencia en que los militares actúan como caudillos sistemáticos, como interventores periódicos y como moderadores profesionales. Rumbo, por cierto, hacia una década del 70 en que van a actuar como gobernantes institucionales.

En cuanto a lo segundo, esto es, a su inserción dentro del esquema de las clases sociales, tampoco hay nada que se parezca a un inmovilismo histórico. La secuencia de roles marcha paralela con la evolución de la base social de los cuerpos de oficiales, que son los elementos decisivos de la institucionalidad castrense. Desde que ésta completa su identificación con las viejas oligarquías, de raigambre agro exportadora, su base comienza a ampliarse hasta culminar en una verdadera mutación. Los oficiales de los años 60 provienen, fundamentalmente, de las capas medias de la población. En consecuencia, son estos sectores sociales los que empiezan a servirles como puntos de referencia en las coyunturas nacionales criticas y en sus pautas conductuales y de expectativas profesionales.

Por lo mismo, la mutación de los cuerpos de oficiales implica el inicio de un proceso de desolidarización con la oligarquía tradicional, que marcha paralelo con la hipervaloración de sus propias posibilidades como cuerpo técnico, en una sociedad que tiende a complejizarse. Esto se traduce en una tendencia a la profesionalización intensiva - fin del **pluriempleo** de que hablan los españoles -, y en la ambición de iniciar desarrollos como los que se han plasmado en las Fuerzas Armadas de mayor tecnificación.

Los nuevos oficiales, en esta perspectiva, están demasiado conscientes de la existencia de armas sofisticadas y de la obsolescencia de sus armas propias. También saben que esas armas sofisticadas implican otras capacidades técnicas y organizacionales, que son correlativas a un **status** social de mayor importancia relativa. De este modo, la mentalidad militar tradicional empieza a enriquecerse con nuevas percepciones axiológicas. Se comienza a valorar, por ejemplo, la necesidad de consolidar un proceso autosostenido de apertura social en el reclutamiento de los futuros oficiales, dado que las capacidades técnicas están en distintos segmentos de los sectores medios. También se aprecian como positivos el acceso a los altos mandos de oficiales con aptitudes gerenciales o empresariales; el mayor acercamiento a los civiles, en busca de sus pericias profesionales y de la transferencia de sus capacidades tecnológicas, y la implantación de un sistema disciplinario más reflexivo, acorde con la mayor calificación intelectual de los futuros oficiales y con el mayor contacto con los civiles. En síntesis, comienza la visualización de Fuerzas Armadas de nuevo tipo, servidas por profesionales menos enclaustrados, más versátiles, dotados de una perspectiva nueva sobre el rol de la violencia institucional y con una entusiasta disposición con respecto a la necesidad de industrializar sus países. Para ellos está claro que la industrialización nacional es, finalmente, la clave de sus posibilidades técnicas, dentro de una línea que debe marchar hacia la reducción de la dependencia económica.

Todo esto tiene una traducción directa en términos de poder, que puede sintetizarse en la fórmula de **la creciente autonomía relativa de las Fuerzas Armadas.** Autonomía, que, en el curso de su desarrollo, convierte a los cuerpos armados en algo más que simples instrumentos del poder: en elementos del

mismo. Con lo cual origina una situación de presión permanente sobre los distintos gobiernos, en la que actúan desde el poder y, simultáneamente, desde la subordinación institucional.

Sobre la base de este perfil, puede afirmarse que las Fuerzas Armadas más desarrolladas de la región, en la década del 60, conforman un segmento profesional de los sectores medios, con un "sentido" político orientado a la búsqueda del centro - sinónimo de equilibrio de la nación -, con tradiciones aristocráticas generadas por la antigua oficialidad oligárquica y con un rol sociopolítico complejo. En virtud de éste, su potencialidad dirigente, periódicamente actualizada, tiene un carácter polivalente: apto para orientarlas hacia la reforma y aún la revolución social, si perciben un desfase extremo entre el equilibrio ideal y una realidad deprimente para las grandes mayorías nacionales, o hacia la conservación y aún la contrarrevolución, si en el conflicto social divisan la posibilidad de una nueva hegemonía social que no las considere como elementos del poder.

Debido a que se trata de un perfil nuevo, en desarrollo, la izquierda sistemática no es capaz de reconocerlo oportunamente. Para ella sólo existen la memoria de Fuerzas Armadas comprometidas en la defensa del **statu quo** y el olvido de sus escasos momentos renovadores. De algún modo, ve las nuevas conceptualizaciones académico-militares, que vinculan la seguridad con el desarrollo económico y con el bienestar social como simple retórica o pura imitación.

Así es como pasa inadvertido, en sus primeros momentos, el inicio de un proceso de diversificación del horizonte intelectual castrense, basado en sus institutos docentes e insospechablemente plural, en cuanto a sus fuentes y apreciaciones ideológicas. Sin perjuicio de la mantención de la tónica anticomunista - correlativa a la conceptualización marxista-leninista de las Fuerzas Armadas como aparatos represivos del Estado de clase -, esto se manifiesta en una ampliación del tiempo programado para los estudios sociopolíticos y económico sociales y en una inclusión de autores rotundamente críticos, con respecto a la valoración del sistema establecido. En el Centro de Altos Estudios Militares (CAEM) del Perú, los oficiales - alumnos estudian, entre otros textos, los "Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana", de José Carlos Mariátegui y la "Teoría del Desarrollo Capitalista", de Paul Sweezy. Este centro llega hasta a editar trabajos profundamente adversos al liberalismo económico y sorprendentemente positivos con respecto a Cuba. En uno de ellos se lee que esta "nación hermana" se ha apartado de la unidad americana "y ello constituye un ejemplo históricamente eficaz que varias naciones iberoamericanas, urgidas por la miseria y la injusticia, desean seguir"[5].

[5] VILLANUEVA, Víctor. **El CAEM y la revolución de la Fuerza Armada,** Instituto de Estudios Peruanos, Campodónico Ediciones, Lima, 1972, pg. 86.

No es extraño, entonces, que sean los analistas extrarregionales los primeros en percibir el fenómeno de la ambigüedad estructural de las Fuerzas Armadas más desarrolladas. Irving L. Horowitz, en un trabajo publicado a mediados de la década afirma que, militarmente, los años 60 son los de las "revoluciones desde arriba", y que la racionalidad castrense no funciona en términos sociopolíticos dicotómicos: "la cuestión no consiste en que la élite militar esté totalmente en contra del socialismo o completamente a favor del capitalismo"[6].

Federico G. Gil, por la misma época, reconoce la existencia de factores que neutralizan las tendencias conservadoras de los cuerpos armados tradicionales. Son los nuevos partidos políticos, "disciplinados, poderosos y con una base ideológica sustancial"; aquella "clase media urbana en continuo crecimiento por efecto de la industrialización, que presiona socialmente por la estabilización", y "un bien organizado y disciplinado movimiento sindical", que exige creciente participación política. Estas fuerzas, desde sus distintas perspectivas, concurren a debilitar "el deseo de los militares de defender el antiguo orden social"[7].

Hasta hay quienes llegan a detectar el eventual atractivo, para los militares, de los métodos de la dictadura del proletariado. Esto se proyectaría en una especie de simbiosis entre la institucionalidad castrense y la ideología marxista para establecer una "dictadura ciencia", orientada a imponer una "voluntad de progreso"[8].

De acuerdo con todo lo expresado, puede afirmarse que el antimilitarismo ultraizquierdista surge a contrapelo de una nueva orientación de la institucionalidad castrense latinoamericana, que se origina en sus cuerpos de punta. En este marco referencial, sus premisas ingenuas afectan diferenciadamente a los distintos sectores de oficiales. A grandes rasgos, para los militares conservadores son la confirmación de que **todo proyecto revolucionario** es esencialmente anti-institucional. Para los militares renovadores, sirven de pauta para marcar la distancia que los separa de **la izquierda y la ultraizquierda civiles en su conjunto**: una, por su carácter anti-militar pasivo: la otra, por su carácter anti-militar hiperactivo. Por excepción, hay militares en rebelión con su propia institución que simpatizan con la catástrofe militar que preconiza la ultraizquierda. Por lo general, la ultra-izquierda afirma el espíritu de cuerpo y las tendencias corporativas de la totalidad de los oficiales: conservadores y renovadores.

Desde esta verificación - que mucho debe a la retrospección -, el error ultraizquierdista y la pasividad izquierdista no son fenómenos gratuitos. En

[6] HOROWITZ, Irving Louis. **Los militares de América Latina,** en recop. de S.M. Lipset y A.E. Solari, **Elites y desarrollo en América Latina,** Ed. Paidós, Bs. Aires, 1971, pg. 234.

[7] GIL, Federico G. **Instituciones y desarrollo político de América Latina.** Instituto para la Integración de América Latina y BID, Bs. Aires, 1966, pg. 154.

[8] ALBA, Víctor. **El ascenso del militarismo tecnocrático,** en revista Panoramas No. 6, noviembre-diciembre de 1963.

conjunto, son un importante elemento de convicción para que los militares acepten la necesidad de reestructuraciones orgánicas de carácter estratégico y la urgencia de una redefinición de roles dentro de sus respectivas sociedades.

Los nuevos ejércitos

Este es el punto de confluencia, en el marco interamericano, con las nuevas opciones estratégicas norteamericanas. Como se ha visto, anteriormente, la revolución cubana ha impuesto en los Estados Unidos una "definición militar de la realidad" que significa, para los países del "tercer mundo", ejércitos y guerras de nuevo tipo, encuadrados por los principios de la contrainsurgencia.

Una visión fantástica de los fenómenos sociopolíticos, propia del mecanismo de las tesis de la dependencia, quiere que el viraje estratégico norteamericano signifique un disciplinado viraje estratégico latinoamericano. Esto es, que la institucionalidad castrense regional se adecúe, sobre la marcha, a las nuevas opciones del Pentágono, sin presentar resistencias aparentes.

Sin embargo, la realidad no siempre es tan flexible como suponen quienes manejan grandes abstracciones. Máxime si, como se ha señalado, las Fuerzas Armadas más desarrolladas de la región, no adolecen de un "vacío de autonomía" que justifique o explique una transformación cualitativa de sus estructuras, doctrinas, estrategias y tácticas, **al margen de sus propias determinaciones.**

Si para decretar un "rutinario" estado de sitio, las autoridades deben invocar una conmoción local que lo legitime - no importa cuán manipulable pueda ser -, para implantar un viraje en el comportamiento de instituciones tan tradicionales como los ejércitos se necesita algo más que un diseño estratégico, fundado en hipótesis sociopolíticas e impuesto "desde afuera".

El ejemplo cubano, a este respecto, es persuasivo pero insuficiente. El peligro de "contagio", susceptible de provocar una "segunda Cuba" es una elaboración ideológica que compite, desventajosamente, con los conceptos sobre **autodeterminación y no intervención,** institucionalizados en el sistema interamericano como expresión de un nacionalismo defensivo frente a la hegemonía norteamericana. Además, no puede subestimarse el hecho de que la derrota del ejército de Batista contiene elementos atractivos para el orgullo nacional-castrense latinoamericano. En efecto, no escasean los oficiales que aprecian la posición inconfortable en que han quedado los instructores norteamericanos de dicho ejército. Para ellos, es una prueba de la viabilidad de las posiciones nacionalistas de las potencias pequeñas, en un contexto conflictivo con los intereses de las potencias dominantes.

Por tanto, dos factores van a resultar decisivos para la armonización militar interamericana: Primero, la percepción de que existe, **realmente,** el potencial

regional de guerra interna a que aluden las tesis de la contrainsurgencia. Segundo, la convicción de que dicho potencial significa un peligro para el **status** y los valores fundamentales de la institucionalidad castrense latinoamericana.

No es casual, entonces, que las investigaciones científicas norteamericanas se hayan orientado, desde comienzos de la década, a la detección del potencial de guerra interna en los países en desarrollo. Entre ellas resalta el Plan Camelot, descubierto y denunciado en Chile, en 1965, como instrumento intervencionista norteamericano. Este plan, fundado en el método de análisis de sistemas para detectar sus "patologías", pretendía establecer "un modelo general de sistemas sociales que hagan posible el prever y predecir e influenciar los aspectos políticos significativos de los cambios o mutaciones en los países del mundo que se encuentran en vías de desarrollo". Para este fin, su primera meta era evaluar, precisamente, el factor codificado como IWP, que significaba **internal war potential:** potencial de guerra interna.

Entre los sujetos de investigación en este ámbito, el plan llamaba la atención sobre los "grupos" con objetivos revolucionarios o con "intenciones" de romper los marcos de la legalidad vigente en cada país[9]. Esto es, aquellos movimientos que emergen desde fuera del sistema político para ubicarse en la ultraizquierda.

La ultraizquierda resulta, entonces, la **demostración objetiva** de la exactitud de la nueva estrategia regional de los Estados Unidos. La corporización de un "enemigo interno" que, a diferencia de los comunistas legales de orientación soviética, de los socialistas históricos y de sectores apristas, socialdemócratas, y demócrata-cristianos, da pruebas fehacientes de sus intenciones de hacer saltar "el aparato militar del Estado burgués", junto con todo el sistema. Lo cual no excluye que, de acuerdo con las alternativas del proceso posterior, todo lo que sea políticamente "contestatario" pueda que dar involucrado en el rótulo de "extremista", que se adjudica primitivamente a la ultraizquierda.

Así es como, desde un principio, los textos, declaraciones y actividades de la ultraizquierda tienen una lectura militar especializada, radicada orgánicamente en los servicios de inteligencia. Esta lectura, metódicamente organizada, estudia a la ultraizquierda, a sus fuentes y vinculaciones, en el contexto de planes operacionales orientados a prevenir y/o contrarrestar su potencial violento. Por el mismo acto, dichos servicios se convierten en un ducto privilegiado para verter, al interior de la institucionalidad militar, los deprimentes conceptos ultristas sobre su capacidad profesional y técnica.

Paralelamente, la civilidad con acceso social o institucional a los militares, les transmite sus fobias y temores con respecto al clima político que cataliza la ultraizquierda. Aporta, con ello, la convicción de que la sociedad, como un todo,

[9] El texto integro del plan fue publicado, en su oportunidad, por la prensa chilena, al denunciarse su existencia. Puede ubicarse, además, en el apéndice del libro de Gregorio Selser, **Espionaje en América Latina. El Pentágono y las ciencias sociológicas,** Ed. Dixit, Bs. Aires, 1974.

comienza a vivir una crisis de seguridad ciudadana. Esto, por una parte, es idóneo para demostrar, según sea el caso, la precariedad de la fuerza policial o la debilidad de los gobiernos frente al nuevo desafío. Por otra, para activar los reflejos autoritarios de aquellos militares siempre dispuestos a plantear la alternativa de los regímenes de fuerza, para solucionar un "vacío de poder" de tácita o explícita responsabilidad civil.

Finalmente, las Fuerzas Armadas no sólo comprueban la existencia de un potencial de guerra interna peligroso para la institucionalidad castrense, sino la alarma de la sociedad global. Esto, a su vez, consolida la tesis militar, social y política, de que existe una triple identidad entre la defensa de su **status** profesional, la afirmación de su representatividad nacional y la forma del Estado vigente. El proyecto ultraizquierdista, en estas condiciones, aparece como una alternativa inaceptable entre el caos, la catástrofe social y el vacío de poder, por una parte y, por otra, la estructuración de un nuevo orden que no contempla a los militares como elementos del poder, que contradice su formación anticomunista y que repugna a la sociedad.

Este es el proceso a través del cual se produce el encuentro entre la "guerra interna", considerada como única realidad militar latinoamericana por los Estados Unidos y la "guerra revolucionaria del pueblo", resultado de la ecuación Guerra = Política predicada por la ultraizquierda. Encuentro que resulta funcional para respaldar la más importante reestructuración castrense, de la historia militar regional, centrada en los siguientes cambios de tipo social, económico, político, ideológico, técnico, ético, y doctrinario.

a) **Superposición de objetivos sociales complejos a los objetivos nacionales simples, de tipo tradicional.** Las hipótesis de guerras nacionales tienden a desactualizarse, junto con el amortiguamiento del "nacionalismo limítrofe". En su reemplazo, en la escala de prioridades, surge un complejo de hipótesis conflictuales domésticas que se afirman en un nacionalismo interno y que reconocen como enemigo a las fuerzas "extremistas". Teóricamente, el extremismo enemigo puede ser de signo político derechista o izquierdista, pero en la práctica, los planes operacionales se orientan casi exclusivamente contra el segundo. Desde el punto de vista social, esto reactiva un sentimiento de desconfianza tradicional - incubado en el seno de la oficialidad oligárquica hacia el proletariado urbano y hacia la capa estudiantil. El carácter multiforme y heterogéneo de los sectores medios, a los cuales pertenecen predominantemente los líderes ultraizquierdistas, impide que esto se transforme en una "contradicción de clase" al interior de los cuerpos de oficiales.

b) **Desbloqueo social controlado.** El enclaustramiento cultivado según tradiciones de casta, considerado funcional para perfeccionar una alta disposición guerrera, se relativiza en el marco de la Acción Cívica Militar. Se trata, en este sentido, de que la institucionalidad castrense ejecute un programa de actividades no militares, de contenido solidarista, destinado a neutralizar o a ganar a sectores

masivos de la población civil. Con esto se pretende acortar distancias con la sociedad civil, considerada como un todo, para actuar armónicamente contra las minorías extremistas.

c) **Debilitamiento de las concepciones económicas estatistas.** En alguna medida, la diversificación del horizonte cultural militar y la ampliación de sus programas académicos, estaban favorecidos por la falta de objetivos bélicos inmediatos. Con la actualización de éstos - en su forma de guerra interna - tiende a priorizarse lo sociopolítico sobre lo económico social, dado que las urgencias de la contrasubversión requieren más "militares políticos" que "militares economistas" y a que su impacto presupuestario castiga los gastos públicos no militares. Esto afirma, en una primera etapa, las posiciones de los militares económicamente liberales por sobre las de los militares controlistas, que habían predominado, hasta el momento, en razón de la desolidarización con la oligarquía y de la posición estatal central de las Fuerzas Armadas. Se esboza, en esta encrucijada, una futura división de funciones en la cual los militares se van a reservar las tareas de gobierno - que supuestamente caracterizan a un régimen como militar o civil - y van a delegar las de la economía a elementos civiles-tecnócratas-confiables.

d) **Ideologización anticomunista.** Supone un traslado desde el nivel formativo general en los "valores del mundo occidental y cristiano", expresados positivamente, hasta el nivel del anticomunismo militante, expresado como universo axiológico e ideológico de carácter antagónico. Este cambio se debe, en esencia, al hecho de que la mutación social de los cuerpos de oficiales ha debilitado la influencia del anticomunismo oligárquico o de clase de las oficialidades del pasado. Los nuevos oficiales de capas medias, cuyos intereses no son necesariamente simétricos con los de los sectores económicos dominantes, deben ser formados en un anticomunismo ilustrado y racionalizado, que implica todo un sistema de indoctrinación y de ideologización.

e) **Abandono del profesionalismo apolítico como doctrina tradicional.** Paulatinamente, las Fuerzas Armadas comienzan a marcar distancia con la antigua doctrina del profesionalismo apolítico, que las caracteriza como un subsistema técnico, jerarquizado, disciplinado, obediente y no deliberante, sometido al sistema político, tácitamente civil. Su ampliado horizonte cultural, sus perspectivas de desarrollo y la ideologización promovida por el anticomunismo militante, las orienta hacia lo que algunos teóricos militares llaman "profesionalismo participatorio"[10], que supone una distinción entre lo político-partidista, por un lado y lo político-nacional, por otro. Sobre la base de esta distinción, los deslindes con los partidos políticos adquieren connotaciones antagónicas y la acción política reivindicada adquiere un sesgo exclusivista. En esencia, el abandono del profesionalismo apolítico marca el inicio de la transición

[10] MERCADO JARRIN, Gral. Edgardo. **Seguridad, Política, Estrategia,** Ed. del Ministerio de Guerra del Perú. Lima, 1974, págs. 255 y 256.

hacia las Fuerzas Armadas políticas y apartidarias - o antipartidarias - de la década del 70.

f) **Establecimiento de un frente interno permanente.** Por definición, los factores de esta guerra nacen, se reproducen y desarrollan al interior de cada unidad nacional, y pueden reactivarse cíclicamente, por contundentes que sean las derrotas que se inflijan a los extremistas. Esta imposibilidad del concepto de victoria definitiva y total conduce a la caracterización de la subversión como "agresión permanente", favorece el desarrollo de tesis como la de las "fronteras ideológicas y, en definitiva, se plasma en la conceptualización de un "enemigo interno" predecible, flexible y renovable.

g) **Policialización de la institucionalidad castrense.** De acuerdo con los cambios señalados anteriormente, se produce un nivel de homogeneidad entre las funciones militares y las policiales que es, en sí, otro cambio fundamental. Doctrinariamente, y dado que la guerra interna es la hipótesis conflictual casi exclusiva, militares y policías quedan separados más por los distintos momentos de enfrentamiento con el "enemigo interno" que por diferencias de naturaleza. Correlativamente, la dinámica propia del cambio lleva a una militarización de la policía, que comienza a percibirse como una vanguardia de las Fuerzas Armadas, encargada de actuar en la primera línea de defensa dentro del nuevo tipo de guerra.

h) **Adscripción de sistemas de armamentos y equipos especiales.** Las nuevas funciones implican la disfuncionalidad del armamento convencional y, con mayor razón, del armamento más moderno y sofisticado de los países industrializados. Los tanques, los aviones supersónicos, los submarinos, los portaviones y los cohetes son más que superfluos en los teatros de operaciones nacionales, frente a fuerzas de alta movilidad y ante la necesidad de no destruir el país que se trata de proteger. La prioridad la tienen las armas automáticas, los ingenios livianos, productos químicos como los defoliantes. Rige en esto la observación norteamericana sobre la futilidad de las pequeñas armas en las grandes guerras: "debemos aprender - ha dicho Robert MacNamara a simplificar nuestras armas tácticas de modo que puedan ser usadas y mantenidas por hombres que jamás hayan visto una máquina más complicada que un cigoñal de pozo"[11]. Paralelamente, se incrementa la utilidad de los modernos medios de transporte - es el auge de los helicópteros y de los sistemas de comunicaciones. También se plantea la necesidad de formar equipos aptos para usar adelantos tecnológicos, como la computación, en tareas de información e investigación. Importante resulta advertir que todo esto no lleva a un desistimiento con respecto a las "armas de prestigio". La profesionalización y tecnificación incrementada de algunas Fuerzas Armadas implica la mantención de la demanda de armas para guerras tradicionales, con el consiguiente recargo para presupuestos nacionales que, por lo general, son crónicamente deficitarios.

[11] KAUFMANN, William W. **La estrategia de McNamara,** Ed. Sopena, Bs. Aires, 1967, pg. 76.

i) **Flexibilización tácita de los códigos éticos.** La normativa especial - positiva o consuetudinaria - que rige el comportamiento de los hombres de armas en la guerra y en la paz, se mezcla con actitudes "pragmáticas", que tienden a supeditar los viejos valores, de connotación hispano-caballeresca. Esto es especialmente notable en el campo de la información, donde se racionaliza la necesidad de las torturas. Hasta se llega a hablar, en este sentido, de "ciencia de la tortura"[12], promoviéndose un insensible deslizamiento desde las tesis de la guerra interna a las de la "guerra total", la cual es intercambiable, a su vez, con la guerra colonial o neocolonial. En un nivel más avanzado, se puede favorecer hasta una relativización del principio militar del "monopolio sobre las armas", base última de la normatividad especial castrense. Con esto, aparece y se desarrolla un terrorismo para-estatal y aún estatal, que puede coexistir con las Fuerzas Armadas en determinadas franjas de actividad secreta o clandestina. Este último fenómeno conlleva una dinámica propia que lo hace difícilmente manejable - piénsese en la Triple A argentina o en la DINA chilena de la década siguiente - y que cumple la paradojal función de asimilar métodos que los militares pretenden combatir y erradicar.

j) **Adopción de una nueva y uniforme doctrina militar.** De acuerdo con las exigencias de uniformidad, racionalidad, planificación y reglamentación que caracterizan la institucionalidad castrense, se hace necesario sintetizar y codificar los cambios referidos mediante una nueva doctrina militar. Surge, así, la Doctrina de Seguridad Nacional, a partir de las elaboraciones que venía haciendo desde fines de la década del 80 la Escuela Superior de Guerra del Brasil. Esta doctrina, naturalmente supranacional, dado que el "enemigo interno" es el mismo para todas las Fuerzas Armadas, nace dotada de una fundamentación geopolítica y de una estructura o aparato que sugieren cierta complejidad científica. Sin embargo, su carácter unidimensional y simplificante mas bien sirve - como afirma un autor brasileño - para "ofrecer la justificación a un seudo derecho de la fuerza que desconocía la fuerza del derecho"[13]. Por eso, la doctrina viene a inaugurar, esencialmente, una etapa de inseguridad ciudadana institucionalizada.

Introducción al neomilitarismo

Si se tiene en cuenta lo expresado acerca de la ambigüedad estructural de las Fuerzas Armadas de la región, puede concluirse que los cambios impulsados por los Estados Unidos conllevan un riesgo calculado y asumido. Según expertos en temas militares norteamericanos, se trata del triunfo de la "línea dura" del

[12] Informe especial sobre torturas, en revista Visión, de 5 de junio de 1970.

[13] BASTOS DE AVILA, Fernando. "Lecciones de la experiencia Brasileña", revista Mensaje No. 279, junio de 1979.

Pentágono, que ve en los militares del decenio "la fuerza más estable y digna de confianza de la sociedad latinoamericana"[14].

Lo interesante es que se trata de una opción de crisis adoptada con rapidez inusitada. Casi una apuesta instantánea, que resulta sideralmente alejada del inmovilismo táctico y estratégico de los planteamientos militares de la ultraizquierda. Tanto es así que, según Horowitz, resulta irónico contemplar cómo las unidades de la contrainsurgencia preceden, en el tiempo, a las acciones reales de insurgencia, hasta el punto de configurar "aspectos proféticos, autoconfirmatorios, de la política exterior norteamericana"[15].

Por lo demás, no se trata de una opción asumida de una vez para siempre, sino de una política en observación constante. Baste recordar el informe de la misión Rockefeller que, en 1969, efectúa un verdadero balance de los riesgos implícitos en la alternativa castrense. Según este informe, estimulado en parte por el fenómeno peruano, los militares latinoamericanos adolecen de una "falta de confiabilidad ideológica", son "vulnerables al nacionalismo extremo" y, doctrinariamente hablando, "pueden tomar casi todas las direcciones". Marxismo incluido[16]. A mayor abundamiento, hay que tener presente que, en los círculos gubernamentales norteamericanos, se prevé que la contrainsurgencia sólo va a durar un decenio[17]. Después, en la década del 70, la crisis regional puede adoptar otras formas, con una "tendencia creciente a recurrir a soluciones autoritarias o radicales"[18].

Pero, al margen de esa problemática, lo que interesa para nuestros efectos es que la mayoría de las cúpulas militares se encuentren en condiciones de presentar en sociedad sus nuevas tesis guerreras, antes de mediados de la década. Una de las exposiciones más ortodoxas, a este respecto, es la del comandante en jefe del ejército argentino, general Juan Carlos Onganía, que dice entonces lo que sigue:

"Es absurdo que nos sigamos preparando para entrar en la guerra del 14; es absurdo que continuemos organizando a la artillería pesada para bombardear Paysandú, a través del río Uruguay; son absurdas las fabulosas concentraciones militares listas para enviar tropas a la frontera. El principal objetivo del ejército es, actualmente, prevenir la acción subversiva castrista"[19].

---

[14] HOROWITZ, ob. cit., pg. 244.

[15] Id., pg. 252.

[16] Texto mimeografiado distribuido, en su época, por el USIS. Puede consultarse el informe, también, en el anexo del libro de SELSER, Gregorio. **Los cuatro viajes de Cristóbal Rockefeller,** Hernández Editor, Buenos Aires, 1971.

[17] Entre otras manifestaciones oficiales, las declaraciones de Robert MacNamara ante la Comisión de las Fuerzas Armadas de la Cámara de Representantes, **Hearings on Military Posture,** 1962, pg. 32-45.

[18] Informe Rockefeller, cit.

[19] SELSER, Gregorio. **La conferencia de cancilleres,** en ediciones Propósitos. No. 6, Bs. Aires 1965, citado de revista "Todo" No. 8. del 19 de noviembre de 1964.

Así es como, a la luz de la amenaza ultraizquierdista, se asignan tareas inmediatas a una organización de fuerza y a su sistema de armamento. La guerra nueva, que aparece con visos de factibilidad, brinda una interesante compensación sico-profesional ante la ausencia de hipótesis de conflictos tradicionales relativamente viables.

Por una parte, esto significará que los ejércitos van a asumir con verdadero celo profesional su nueva tarea. Demostrándose y demostrando, por ejemplo, los errores de concepción de las proposiciones tácticas cubanas, que están en la base de los planteamientos de la ultraizquierda latinoamericana. En este sentido, el ejército peruano, tras desarticular en tiempo brevísimo las guerrillas de 1965, se esmera en dar cuenta detallada de su misión, a través de un documento especial editado por el Ministerio de Guerra. En él, luego de historiar el proceso contrainsurgente, a partir de 1959 ("en que se comienzan a detectar las primeras evidencias del proceso subversivo en América del Sur"), concluye que "se ha demostrado a los extremistas y demás elementos afines a la subversión que no existen zonas inaccesibles en el país para una Fuerza Armada bien entrenada"[20]. Prácticamente, una respuesta directa a los planteamientos de Guevara.

Por otra parte, hay países en los cuales el comportamiento de la fuerza militar activada va a convertirse en una profecía autocumplida de la ultraizquierda (otra más, dentro de una serie ya compleja). Porque, si ésta había definido a su enemigo con los rasgos del colono, sentenciando fanonianamente que "el mundo colonial es un mundo maniqueo", la mayoría de las Fuerzas Armadas va a responder con métodos que, efectivamente, corresponden al acervo de las guerras coloniales.

Así, los nuevos programas de Acción Cívica Militar son el fruto de experiencias expedicionarias de los Estados Unidos en los países del sudeste asiático; la relativización de las normas éticas tradicionales proviene de la adopción de los métodos del ejército francés en Argelia y en Viet Nam; la preparación sicológica para detectar al enemigo en el ámbito territorial interno se fundamenta en las prácticas de la policía colonial: el deslizamiento, en fin, hacia los comportamientos de la "guerra total", implica la aceptación de la idea de que se puede ocupar el propio país.

No es casual, por tanto, que las concepciones pragmáticas sobre métodos como las torturas tengan que ser asimiladas mediante procedimientos acondicionatorios. No es posible implantarlas con los sistemas normales de instrucción o sobre la base del sistema disciplinario corriente. Al fin de cuentas, todo esto supone un fingimiento esencial: los militares deben actuar **como si** el enemigo interno fuera un enemigo nacional: deben combatirlo o liquidarlo **como**

[20] **Las guerrillas en el Perú y su represión.** Ed. del Ministerio de Guerra del Perú, 1966, pags. 54 y 70.

si no se tratara de compatriotas. Deben asimilar, en síntesis, la mentalidad colonialista de los militares europeos o la de los militares norteamericanos que combaten fuera de su propio territorio nacional. Comparativamente, hay que tener presente que los máximos horrores de la guerra civil española - que es un modelo importante de conflicto interno declarado, con raíces que alcanzan a Latinoamérica - corrieron por cuenta de los moros reclutados por Francisco Franco.

Sin embargo, lo que resulta cualitativamente diferente de cualquier otro tipo de represión armada, en la historia regional, es que la nueva guerra permite manipular en forma directa las palancas del poder estatal, bajo la cobertura de la actuación militar-profesional. Básicamente, porque en su planteamiento se mezclan, de manera difusa, los factores militares con los factores políticos, ampliando los límites de la autonomía de la institucionalidad militar.

Así, durante la etapa que técnicamente se denomina de "localización" de los sectores insurgentes, es posible - y hasta necesario - conceder a éstos un espacio de maniobra que permita detectar redes y contactos. Todo el concepto contrainsurgente de "prevención" supone un nivel de tolerancia vigilante. No es imposible, en este orden de ideas, que se llegue hasta a la inducción. Es decir, que se trate de incrementar el potencial de guerra interna para provocar estallidos prematuros y, por lo mismo, controlables. Paralelamente, la "policialización" militar lleva a la adopción de perfeccionados sistemas de control y de organización de la población civil.

Inevitablemente, la dimensión de poder político comienza a sobreponerse a la dimensión instrumental, en las cúpulas militares y, en algún momento, para evitar que la subversión contra el gobierno constituido coloque al país al borde de la guerra civil[21], se constituyen ellas mismas en gobierno.

Buscando al ejército de Batista, la ultraizquierda se ha encontrado con un nuevo tipo de militarismo que va a ser dominante en la región, durante la década siguiente. Desde este punto de vista, se confirman algunas de sus previsiones. Por ejemplo, la de que la agitación y provocación incrementan, los niveles de represión de los gobiernos. Pero, lo que no está en condiciones de probar, es que esto provoque, **automáticamente,** un incremento del potencial insurreccional y una mayor cercanía de la revolución que imagina.

Como moderno aprendiz de hechicero, la ultraizquierda ha desencadenado una violencia militar que no es capaz de resistir. Con el agregado de que la izquierda establecida también sufre, por "analogía", los efectos de la represión. Según un silogismo elemental, se parte de la base de que todo inconforme puede ser un comunista y que todo comunista es un extremista. Poco o nada importa,

[21] Según definición del "Dictionary of United States Military Terms for Joint Usage", la guerra antisubversiva es el Estado que "como consecuencia de una revolución o alzamiento contra un gobierno constituido sitúa al país al borde de la guerra civil".

traspasado el umbral de la violencia castrense, que la ultraizquierda haya emergido para desestabilizar a la izquierda establecida, en general y a los partidos comunistas, en especial. Cuando ya es demasiado tarde para recapacitar, viene a revelarse que lo que es verdaderamente maniqueo es el mundo de la contrainsurgencia gobernante, con su frente interno institucionalizado y su repudio a los sistemas políticos tradicionales.

A mediados de la década del 70, hay ideólogos-protagonistas que tratan de resolver la ecuación de los años 60, sin rectificar sus premisas originales y sin suplir sus perplejidades con una verdadera investigación. Regis Debray, al respecto, es retrospectivamente patético cuando señala que:

"Todo ocurrió como si las condiciones que hacían posible la guerra revolucionaria, en la partida, hubiesen sido también las condiciones que hacían posible su aniquilación a medio camino por las técnicas de la **counter-insurgency**; como si el mínimo necesario para el desencadenamiento de hostilidades revolucionarias fuera el óptimo para el éxito de las operaciones de contrainsurrección"[22].

Referencias

Alba, Víctor, REVISTA PANORAMAS. 6 - 1963; Lecciones de la experiencia Brasileña.
Anónimo, HEARINGS ON MILITARY POSTURE. p3245 - 1962;
Anónimo, REVISTA "TODO". 8 - 1964;
Anónimo, REVISTA VISION. 5 de junio - 1970;
Bastos De Avila, Fernando, REVISTA MENSAJE. 279 - 1979;
Debray, Regis, LAS GUERRILLAS EN EL PERU Y SU REPRESION. p54, 70 - Ed. del Ministerio de Guerra del Perú. 1966;
Engels, Federico, OBRAS ESCOGIDAS DE MARX Y ENGELS EN UN TOMO. - Moscú, Rusia, Ed. Progreso; Introducción a la obra de Karl Marx. Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850.
Gil, Federico G., INSTITUCIONES Y DESARROLLO POLITICO DE AMERICA LATINA. p154 - Buenos Aires, Argentina, Instituto para la Integración de América Latina y BID. 1966; Informe especial sobre torturas.
Horowitz, Irving L., ELITES Y DESARROLLO EN AMERICA LATINA. p234, 244, 252 - Buenos Aires, Argentina, Ed. Paidós. 1971; El ascenso del militarismo tecnocrítico.
Kaufmann, William W., LA ESTRATEGIA DE MCNAMARA. p76 - Buenos aires, Argentina, Ed. Sopena. 1967; La conferencia de cancilleres.
Mercado-Jarrín, Edgardo, SEGURIDAD, POLITICA, ESTRATEGIA. p255-256 - Lima, Perú, Ed. del Ministerio de Guerra del Perú. 1974; La conferencia de cancilleres.
Nuñez, Carlos, REVISTA TRICONTINENTAL. 10 - 1969; Los Tupamaros: vanguardia armada del Uruguay.
Selser, Gregorio, EDICIONES PROPOSITOS. 6 - Buenos Aires, Argentina. 1965;
Selser, Gregorio, ESPIONAJE EN AMERICA LATINA. EL PENTAGONO Y LAS CIENCIAS SOCIOLOGICAS. - Buenos Aires, Argentina, Ed. Dixit. 1974; Las declaraciones de Robert MacNamara ante la Comisión de las Fuerzas Armadas de la Cámara de Representantes.
Selser, Gregorio, LA CRITIQUE DES ARMES. p92 - París, Francia, Ed. du Seuil. 1974;

[22] DEBRAY, Regis. **La critique des armes,** Ed. du Seuil, Paris, 1974, pg. 92.

Selser, Gregorio, LOS CUATRO VIAJES DE CRISTOBAL ROCKEFELLER. - Buenos Aires, Argentina, Hernández Editor. 1971;

Villanueva, Víctor, EL CAEM Y LA REVOLUCION DE LA FUERZA ARMADA. p86 - Lima, Perú, Instituto de Estudios Peruanos, Campodónico Ediciones. 1972; Los militares de América Latina.

Wood, Dennis B., REVISTA LATINOAMERICANA DE SOCIOLOGIA. V, 1 - 1969; Lipset, S. M.; Solari, A. E. -- Las relaciones revolucionarias de clase y los conflictos políticos en Cuba: 1868-1968.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 45 Noviembre- Diciembre de 1979, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>.**